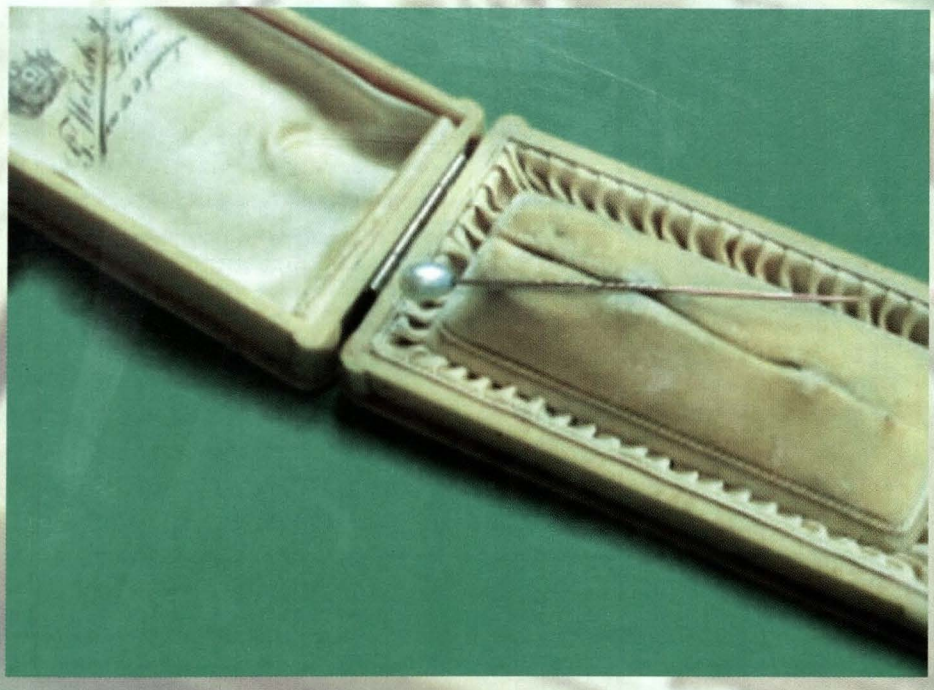
Una alhaja con historia

Hernán Martín Gálvez Martínez



La mañana del 1 de mayo de 1866, don José Gálvez Egúsquiza, Ministro de Guerra y Marina del Gabinete Prado, de 47 años y como presintiendo su próxima muerte, se despidió amorosamente de su esposa doña Ángela Moreno y Maíz y de sus hijos menores y se encerró en su escritorio con su hijo primogénito José Miguel Gálvez Moreno, a la sazón de 14 años, y no obstante su tierna edad, mediante Decreto Supremo rubricado por Mariano Ignacio Prado y su propio padre en su condición de Ministro, teniendo en cuenta su espléndido aprovechamiento y ejemplar conducta, le fue otorgado el Despacho de Alférez de Fragata con fecha 1 de abril de 1866 a un mes escaso de la muerte heroica de su padre. Se vio impedido de actuar en el Combate del 2 de Mayo por orden expresa de su padre, debido a una reciente intervención quirúrgica en su hombro derecho y tener su brazo en cabrestillo.

Don José Gálvez recomendó a su hijo que velara por su madre y sus hermanitos menores, en el supuesto de que él falleciera en combate y le obsequió un prendedor de corbata, que consistía en un alfiler de oro con una perla natural en uno de sus extremos, que fue regalo a su vez de su padre, don José de Gálvez y Paz, con ocasión de graduarse de abogado en 1845. El muchacho recibió emocionado el prendedor y prometió a su padre seguir sus instrucciones, de quien se despidió en prologando abrazo.

Más tarde su esposa le entregó un paquete conteniendo algunas viandas y dulces a los que era muy afecto y le obsequió además un cordón de la Tercera Orden. No se lo puso, pero se lo llevó. Nadie supo si murió con él.

Cuando instantes más tarde partió para el Callao, su señora e hijos menores prorrumpieron en llanto y José Miguel, sintiéndose ya responsable de todos ellos, no pudo reprimir algunas lágrimas que corrieron por sus mejillas. Quedose la casona de Plumereros envuelta en sepulcral silencio, cual si presintieran lo que vendría al día siguiente.

El 2 de mayo de 1866 amaneció nublado en Lima y se notaba un silencio terrible, casi ensordecedor por lo inacostumbrado. No había nadie en las calles del centro de Lima, pareciendo una ciudad muerta. En cambio, en el Callao la situación era diferente, pues había una actividad febril, dando los últimos toques a las defensas, tal como las había planeado Gálvez. Este había ordenado que fueran los españoles los que abrieran el fuego y así cayeron en una trampa los navíos españoles, pues al no encontrar aparente resistencia, se aproximaron muy peligrosamente a nuestras baterías de costa. A eso de las once de la mañana, con el cielo despejado de neblina y sol radiante, la Numancia abrió los fuegos y contestando el Torreón de la Merced pero antes se escuchó claramente la voz tonante de Gálvez que gritó: Aquí les devuelvo el Tratado Vivanco-Pareja; generalizándose el fuego.

José Miguel Gálvez Moreno, a esa hora, escuchó en Lima el cañoneo y desde la azotea de su casa, con unos prismáticos, pudo ver a los navíos españoles envueltos en humo y fuego. Bajó al escritorio y estuvo meditando respecto a las instrucciones de su padre. En un momento dado levantó la vista y vio a José Gálvez de pié junto a la puerta, en silencio, sorprendido el chico le preguntó: "¡Papá!.... Que haces aquí" y la figura se esfumó... en ese instante tuvo la certeza del fallecimiento de su padre. Salió apresuradamente de la casa hacia lo que hoy es la Plaza 2 de Mayo. Allí se encontró con un íntimo amigo, Fernando Ferreyros Senrra y lo que son las coincidencias, ambos con el devenir de los años, serían los bisabuelos paterno y materno del que reedita este artículo.

Juntos recorrieron a pie el camino hacia el Callao, que estaba acordonado por soldados y gendarmería, pero les abrieron el paso al decirles José Gálvez que era hijo del Ministro de Guerra y Marina y así, lentamente, llegaron al Callao, en donde le confirmaron su pre-

sentimiento: ¡José Gálvez Egúsquiza había muerto en acción en el torreón de la Merced..! a esa hora, cinco de la tarde, la escuadra española completamente derrotada se dirigía a la isla San Lorenzo, en donde permanecerían varios días, enterrando a sus muertos y reparando sus averías, para finalmente, partir para nunca más volver al haber sido derrotada.

Pasado este episodio de su vida, años después José Gálvez Moreno, al no existir navíos de guerra en los cuales servir, ofreció sus servicios a la Marina de Su Majestad Británica, siendo aceptado tan pronto se conoció su estirpe guerrera. Durante su servicio en la Armada Británica intervino en numerosas acciones bélicas distinguiéndose en ellas hasta que solicitó su baja para regresar al Perú, debido a la guerra de Chile contra Perú.

A su regreso, José Gálvez Moreno se encontró con el mismo problema que cuando se fue a Inglaterra, o sea que no teníamos navíos de guerra en los cuales pudiera servir, así le dieron el mando de una lancha que tenía por nombre Independencia.

El 25 de mayo de 1880, en que la escuadra chilena bloqueaba el puerto del Callao, José Gálvez patrullaba las aguas del Callao realizando operaciones de minado cuando a las dos de la madrugada, avistó a la lancha torpedera chilena *Janequeo*; intercambiaron disparos, pero el cañoncito de la lancha peruana se malogró; en popa tenía una ametralladora que igualmente se trabó, entonces Gálvez, forzando la máquina, quiso tomar a la nave chilena por abordaje, pero era blindada y de borda alta, por lo que decidió estando enganchadas ambas lanchas pasarle un torpedo que había en la lancha peruana. Gálvez, con su espada cortó la mecha para que el fuego sea más rápido y con la ayuda del guardiamarina San Martín y el practicante de medicina Manuel Ugarte de quien era íntimo amigo, lograron colocar el torpedo sobre cubierta de la lancha chilena; pero, la mecha un tanto húmeda tardaba en quemarse por lo que Gálvez en gesto de heroísmo, disparó su arma contra el torpedo, fallando el tiro; igualmente falló al segundo intento, mas al tercero hizo impacto y una horrísona explosión se escuchó en toda la bahía tiñendo de rojo el cielo y volando por los aires las dos lanchas. En este acto, murieron San Martín y Ugarte; no así Gálvez, que quedó gravemente herido.

Más tarde, contaba Gálvez que sintió tocar fondo, más de cuatro brazas y con un supremo esfuerzo apenas logró salir a flote, salvándole la vida estando ya inconsciente el marinero peruano Pablo Villanueva, quien le quitó el capote y las botas.

En eso, llegó otra lancha chilena: la *Guacolda*, que recogió a los sobrevivientes y los llevó a la nave insignia chilena, el Blanco Encalada al mando del Almirante Galvarino Riveros.

Gálvez fue depositado en cubierta y el médico del buque al ver a este con la cara totalmente carbonizada y sin cabellos, la nariz rota y desviada hacia su mejilla izquierda, la clavícula rota y con un

fierro atravesado en su brazo izquierdo, consideró su estado como agónico y sabiendo ya quien era, sugirió al Almirante Galvarino Riveros que se le devolviese a tierra como prisionero de guerra, para ser canjeado por algún chileno, llegado el caso.

Efectivamente, al día siguiente se efectuó la entrega en canje y Gálvez cuyo acto heroico era ya el comentario general, fue recibido en apoteosis y en hombros fue llevado hasta la estación del tren que lo conduciría a Lima para su atención médica.

Sobrevivió después de una larga temporada de muy dolorosas curaciones, habiéndole dejado los cirujanos un pequeño trozo de hierro en el antebrazo por temor a cortarle una vena, por lo que muchos años después, le salían por las uñas pequeños trozos de óxido de hierro. Cuando se encontró totalmente recuperado, continuo luchando contra el enemigo a lado del Mariscal don Andrés Avelino Cáceres en la campaña de la Breña, destacándose nuevamente por un acto increíble al tomar un tren cargado de armas, municiones y víveres en la localidad de Huaripampa, de donde nació el dicho popular que hasta ahora subsiste, "La Huaripampeada".

Pues bien, continuando con la historia del prendedor, pasaron algunos años de este acto heroico y José Gálvez Moreno, decidió regresar a Inglaterra, por estar casado con una súbdita de esa nación. Se embarcó en el *Orcoma* de la P.S.M.C. y cuando el Capitán del buque supo que viajaba un marino peruano y héroe por añadidura, lo invitó permanentemente a su mesa. Al segundo día de viaje, el Capitán habló separadamente con mi abuelo para decirle que en ese mismo barco viajaba un marino chileno que le había pedido ser presentado: mi abuelo contestó que si era chileno prefería no saber siquiera cual de los pasajeros era.

Ante esta respuesta y en vista de que José Gálvez disfrutaba paseando por cubiertas después de la comida, el caballero chileno se presentó ante él. Le dijo: "Señor, soy el Capitán de Navío Luis Miguel de Oyanguren y he tenido la sorpresa de mi vida al saberlo vivo y que viajábamos en el mismo barco. Yo era Alférez de Fragata en el *Blanco Encalada* cuando el combate del 24 de mayo de 1880 y debo devolver a usted una prenda que le pertenece" Gálvez se quedó de una pieza y le preguntó como era posible tal cosa cuando no le conocía. Entonces Oyanguren le contó, que al conocer detalles del acto heroico que había protagonizado en el bloqueo del Callao y viéndolo moribundo, quiso conservar un recuerdo de un héroe peruano y se quedó con el prendedor de corbata que lucía; así que en ese momento, se quitó el prendedor de corbata que portaba y se lo devolvió.

Gálvez lo reconoció de inmediato, pero no lo aceptó, le contestó que habiéndolo tomado bajo las condiciones en que se lo contaba lo hacia de él de modo definitivo. Decidieron entonces darse un abrazo, bajaron a la cantina y algo me dice que no fue uno sino varios los copetines que bebieron. Se hicieron ínti-

mos amigos, inclusive pasearon juntos por Europa hasta que se perdieron de vista.

En 1958, en el mes de octubre, viviendo don Enrique José Gálvez Evens, hijo primogénito de José Gálvez Moreno, se le presentó un abogado chileno, el doctor Carlos de la Cruz para decirle que cumpliendo una disposición testamentaria, debía entregar una prenda personal a los herederos del Teniente Segundo José Miguel Gálvez Moreno, que por ese motivo se había quedado dos días en Lima de paso a Estados Unidos de América y que todas sus indagaciones lo conducían hacia él. Le pidió identificarse y le preguntó si conocía la historia de un prendedor de corbata, manifestando que sí, ya que recordaba que su padre se lo había comentado en varias oportunidades. Así, a continuación, sencillamente le entregó un estuche de carey que contenía el citado prendedor.

Ni que decir lo feliz que se sintió don Enrique José Gálvez Evens al recuperar dicha prenda, lástima que no disfrutara mucho de ella, pues al mes siguiente falleció súbitamente y con él se fueron los nombres verdaderos del Capitán chileno y del abogado que le devolvió el prendedor. La prenda pasó a su hijo don Hernán Gálvez Ferreyros. (*)

Esta prenda familiar tan histórica y reverenciada sigue siendo preservada por la familia Gálvez, es así como la heredé de don Enrique José Gálvez Ferreyros, mi padre y hoy, yo, Hernán Martín Gálvez Martínez, bisnieto del héroe de la Guerra del Pacífico José Gálvez Moreno y tataranieto del héroe de la Guerra con España José Gálvez Egúsquiza la conservó con unción y respeto y garantizaré su conservación por el resto de las generaciones de la familia Gálvez.

* Los nombres dados a estos caballeros de la historia son más o menos los que fonéticamente se asemejan a los que mi abuelo escuchó contar de mi bisabuelo, y que a su vez el primero de ellos contó a mi padre, quien tuvo a bien escribir por primera vez este artículo en 1984 y que hoy, después de este tiempo, deseo reeditar con la finalidad de que el tiempo no borre un fragmento tan peculiar como significativo de nuestra historia naval..